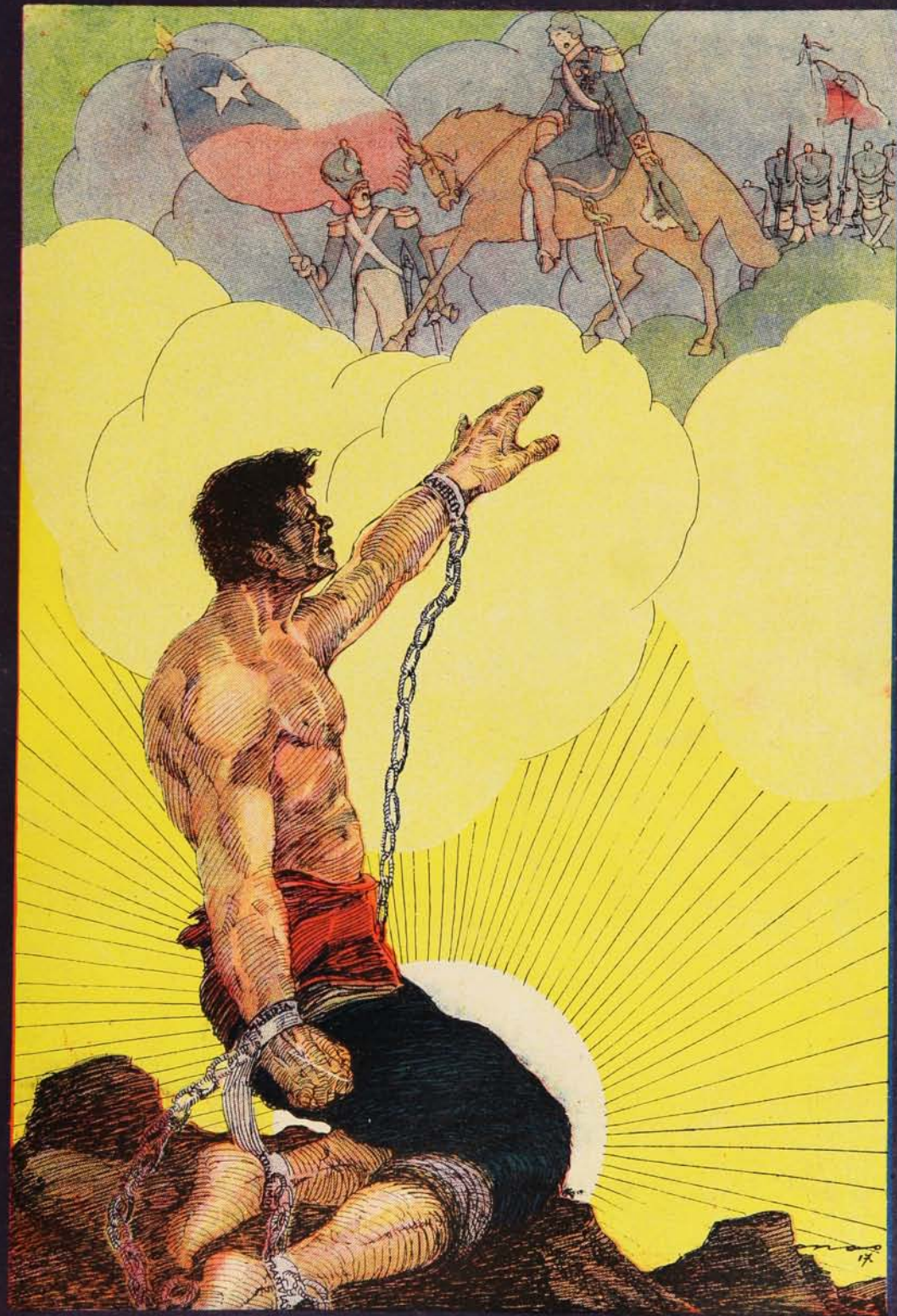


SUCESOS



SIEMPRE ESCLAVO!

El Pueblo.—En cien años de libertad ha cambiado poco mi situación.

El mejor
Calzado

lleva esta marca



en la planta.

CUANDO SE SIEMBRA EL BIEN

La situación era angustiosa, insostenible. Nueve días faltaban para terminar el mes, para que llegase de nuevo la fecha agradable de cobrar la mesada, y el dinero se le había agotado por completo. Y no era el gasto cotidiano lo temible, sino que, esperando el pago de algunos dinerillos que había prestado aplazó recoger facturas, prometiendo pagarlas a fin de mes. Y ahora le afluirían una porción de desembolsos, no podría cumplir sus compromisos y se esparciría a su alrededor una atmósfera de informalidad, una aureola de moroso que no se merecía, ciertamente.

Cuando estaba más preocupado pensando en estas cuestiones caseras, buscando el camino más airoso para salir del atolladero, la voz dura y bien timbrada de Juana, su mujer, acusó su presencia. Llegaba plena de enojo, desbordante de ira.

—Acabo de despedir a la criada—dijo.—Lo que estaba haciendo ya no se podía tolerar. ¡La muy pécora!

—Bien, mujer—repuso resignado y fastidiado Lorenzo.—¿Y a mí por qué vienes?

—Que quiero que saques la cuenta de lo que la debo y me des dinero para pagarla.

—¿No te queda ya?

—¡Pues claro! Te pedi hace dos días y no me diste. Hoy he tenido que comprar zapatos a Melita y no los he podido pagar. Luego los traerán con la factura. Anda, dame dinero.

—Como no tenemos una fábrica...

—¿Una fábrica?

—Sí, de moneda falsa. Yo no puedo darte dinero porque no lo tengo.

—¿Qué dices?

—Que no tengo ni siquiera una peseta, ¿lo oyes? ¡Ni una peseta!

—¡Pero, hombre, si no es posible! Sólo me has dado ochenta duros; luego a ti te quedó bastante.

—Sí, pero ya no tengo. Me pidió el pobre García cien pesetas...

—¡Y tú se las diste!

—¡Pero mujer! ¡Si tenía el chiquillo en cama! Me contó una serie de calamidades, que me conmovió. Además, dió promesa de pagármelas el día veinte.

—¡Y ya ves cómo ha cumplido su compromiso! Mira, Lorenzo, eres un tonto. Pudiendo vivir con gran holgura, estamos siempre alcanzados por ti. Andan por ahí cuatro vivos que conocen tu flaco, y apenas te ven comienzan a contarte lástimas para que tú, estupidamente emocionado, acabes entregándoles unos duros que son necesarios en casa, y que ellos gastan alegremente, riéndose encima de tu candidez.

—¡Dale, dale! Yo del dinero hago lo que quiero. Yo lo gano y puedo invertirlo en lo que me parezca.

—Tú tienes obligación de mantenernos. Demasiado

aguanto y sufro yo, privándome de lo que no debía. Entendiendo muy mal la caridad. Por favorecer a tus amigos, tú, que podías ser un personaje, eres uno más en el montón. Podíamos tener ahora una fortuna, y por tu generosidad tonta, escasamente tenemos mil duros. Pues la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

—¡Vaya una fórmula más egoísta. Con esa máxima, ¡qué mal te irá a ti en el mundo!

—A ti, con la tuya, no te ha ido mucho mejor.

Tenía razón Juana. Lorenzo era un sensible, un corazón demasiado tierno, que tenía el censurable afán de socorrer al compañero desvalido. En una brillante posición, habiendo heredado y ganado largamente, Lorenzo debiera tener una renta saneada que le prometiese una vejez tranquila, y no tenía ni siquiera los mil duros a que había aludido Juana, empleados a espaldas de aquella en socorrer infortunios de amigos que tampoco sintieron el espíritu del ahorro o que habían sido desgraciados de

fortuna. No sabía Lorenzo reprimir su primer impulso, que le llevaba la mano al bolsillo, socorredor y generoso. Y dió esto como fruto lo que sentenciosamente dijo Juana: que pudiendo brillar, estaban oscurecidos; que pudiendo gastar caprichosamente, necesitaban comprimirse y privarse de algunos regalos y comodidades.

Comprendía Lorenzo que no le faltaba razón a su mujer, y hasta a veces llegó a prometerla enmienda. Pero nunca pasó del propósito, y así, cuando Juana, como mejor remedio, le recomendó que sacase dinero del Banco, él salió de casa indeciso e inquieto. ¡Del Banco lo había retirado ya todo!

Deambulaba por las calles ciudadanas, llenas de luz y de elegancia. Los escaparates de las joyerías irradiaban el brillo de las piedras preciosas, expuestas a la curiosidad indiferente y a la ambición en apariencia desdeñosa. Meditaba, y ninguna solución le parecía asequible. Miraba vagamente a los que pasaban y echaba una rápida ojeada al interior de los lujosos establecimientos, como si en los rostros de los transeúntes o en la iluminación espléndida de los comercios estuviese la fórmula que le tenía absorto.

Le pareció ver en el fondo de una tienda un tipo conocido; fijó la vista, y, en efecto, allí estaba Tomás Latorre, su antiguo amigo y compañero.

Lorenzo retrocedió; una idea iluminó su frente, y decidió esperar a que Tomás saliese para hacerse el encontradizo. Tomás le debía algunos favores de los tiempos, ya lejanos, en que ellos, mozos, concurrían a la Universidad. Era rico y se prestaría gustoso a ayudar pecuniariamente a su discípulo.

Sin duda, Lorenzo creía que todos, igual que él, eran



+ Santa Colonia +

Novela de E. Rodríguez Mendoza

El ex-secretario de la Legación de Chile en Argentina ha vuelto de lleno a la vida literaria y al periodismo. Esta vez no se ha cumplido la ley fatal que condena a desaparecer a todo escritor que se dedica a la diplomacia. Parece como que ésta poseyera efluvios demasiado fuertes, que se apoderaran por completo de las actividades mentales de sus servidores, como esas sirenas de leyenda que fascinan al navegante con sus cantos para llevarlos en seguida a las misteriosas regiones del fondo del mar.

Pero es de suponer que ese influjo acaparador que se atribuye a la diplomacia, se ejercita únicamente con aquellas vocaciones débiles o con las vocaciones falsas. Los que abandonaron las letras por la vida protocolar, amaban más ésta que aquélla, sencillamente.

No ha sido el caso del señor Rodríguez Mendoza. En dos ocasiones ha dejado puestos de importancia para venir a ocupar un lugar entre los luchadores de la prensa. Hoy lo tenemos de nuevo entre nosotros, dispuesto a campear por sus ideales nacionalistas y demostrar una vez más el amor por las letras y la confianza que le inspiran los destinos de su patria. Como tarjeta de visita nos envía un libro: «Santa Colonia.»

En obras anteriores Don Emilio Rodríguez Mendoza se manifiesta partidario de la novela de tesis. En «Vida Nueva» y «Cues-

ta Arriba» no es difícil reconocer al pedagogo y al ideólogo que asoma en cada una de sus páginas, sofocando en parte los libres revuelos de la imaginación del artista. Influenciado, seguramente, por Emilio Zola, o por la escuela

que éste creara, utilizaba la novela, más como un medio de propaganda que como simple manifestación de arte. En «Santa Colonia» se nota una reacción al respecto. Vuelve la inspiración a cobrar su puesto y a relegar a segundo término la idea misma, la tesis; con lo cual, a no dudarlo, han salido ganando una y otra.

Presenta el novelista en este libro un trozo de la Colonia representado por una señora aristocrática, apegami-

nada, física y moralmente, decidida a retrogradar al pasado en busca de ambiente propicio para su salud espiritual. Doña Angela de Henares de Poveda piensa convertir su caserón solariego en asilo. Pretende tapiar su casa para que no lleguen hasta ella los ruidos falaces del mundo. Quiere enterrarse en vida con sus almofrecas, vargueños, patios moriscos, órganos, y demás vejesterios venerables. Santo y bueno; a nadie le importaría que semejante reliquia embalsamada dejara de existir. Pero lo peor del caso es que pretende llevarse consigo a la mística flor de pureza, de bondad, de humillación, que es una muchachita que la señora ha criado desde pequeña y que no tiene más nombre que el de «la Pobre.» Habría realizado su voluntad la terrible doña Angela si no mediara su propio hijo, el mayordazgo, que en este ca-



Sr. Emilio Rodríguez Mendoza.

so representa la incipiente vida moderna de nuestro país, confusa mezcla de despotismo, bondad, instinto; pero que, en todo caso, manifiesta cierto amor a la vida, una sana tendencia al sol y al aire puro.

Del conflicto de estas dos fuerzas enemigas, la madre y el hijo,—el pasado y el presente,—resulta el cataclismo: «La Pobres», solicitada con igual imperio por ambos combatientes, después de haber rendido tributo al instinto, se suicida...

Este final se justifica plenamente por el delito engendrado por la Colonia malsana, hipócrita, disoluta, fanática y supersticiosa. «La Pobres» es hija del marido de doña Angela, hermana, por consiguiente, del mayorazgo. Si doña Angela, la Santa, no hubiera pretendido rescatar la falta de su marido, silenciando el verdadero ori-

gen de la víctima, no hubiera ocurrido la catástrofe sin nombre. Pero ella pretendía volver al pasado, enterrarse, ofrecer a la divinidad airada el sacrificio de una vida en flor, una vida que no le pertenecía!

La novela está escrita en forma poemática. Sus capítulos semejan cantos en prosa, tal es el lirismo que emana de sus páginas. D. Emilio Rodríguez Mendoza se muestra en este libro como un artista exquisito, poderoso evocador de ambientes ya fenecidos, y humano poeta de los sentimientos que perpetúan la existencia, a pesar de los obstáculos que procuran oponerle ciertos ilusos.



Julián Florett.

Fué una mañana de hacen pocos meses... Julián Florett como le decimos en jergonza periodística, el amigo sincero y juvenil, me contó que publicaría su obra.

No puedo negar que sentí alegría de niño y le estreché largo rato las manos... Muchos años que somos íntimos y era muy raro encontrarlo como ese día; todo buen humor.

Acostumbraba a animarse muy de tarde en tarde, en escasas oportunidades... ¡Quién sabe si serían esas, las veces que yo le escuchaba leer algunos párrafos de la novela fecunda y virtuosa!

Los sentimientos de amor y moral que se descubrían en sus páginas, solían infiltrarse lentamente en mi alma, haciendo de mí también un pensador repentino.

Y esa profunda belleza de sentir, animada por la brillante poesía del estilo, hacían de él una descolante excepción.

Julián Florett y su Novela.

“LOS HOMBRES DE LA FRAGUA”

La noche última que le acompañé, charlamos intensamente, cómodamente arrellanados en sendos sillones de cuero rojo, cobijados en el ambiente espléndido de su gabinete y biblioteca de estudio.

En cadenciosa lluvia de palabras caían a mis oídos los capítulos diversos de su obra. Copio algunas frases.

«Francisco de pie al lado de ella, le miraba profundamente. En esos momentos sentada en la roca, cruzados los brazos al rededor de las rodillas, se veía igual a estatua vigorosamente perfilada por mano maestra. Abajo, a los pies de Margarita, sonaba el agua con ruidito de caricia húmeda. La enorme roca recibía el suave olaje y parecía estremecerse al contacto de la voluptuosidad marina. Fué esa noche cuando se animó a deslizarse en los oídos de ella, algunas palabras que le quemaban los labios.

Margarita le escuchó sonriendo, moviendo a todos lados la cabecita orlada de bucles negros que le hacían cosquillas en las sienes...

«Y ellos, lo mismo que dos años atrás fueron a gozar de la vida campestre, dirigiéndose a visitar al viejecillo Olivares. Recorrieron por tercera vez la campiña colmada de vida, exuberante de vegetación, resplandeciente de sol, intensamente florida, engalanada por las espigas de trigo y el verde claro de los jardines.

Concluía el día. El pueblecillo en medio del cordón de cerros, parecía reclinarse en sus lomas, vistosa herradura de matices variados. En lontananza los rayos del sol dibujaban líneas en forma de extenso abanico, y ellos gozando de la calma y bondad de esos últimos momentos de luz, hubieran dejado de vivir, recostados en el lecho de hierba, acariciados por la benévola mirada del Creador y sus frentes coronadas por las espigas color de oro, constituyendo así, un eterno poema entre los vivos.....

JUAN JACOBO.

CALLOS

Usad

“EUREKA”

Los quita radicalmente, hace los
pies cómodos.

HOMBRES Y SEÑORAS

“INYECCION EXCELSIOR DUMONT” cura radicalmente, en pocos días las enfermedades secretas de hombres y señoras. Cura: gonorrea, purgación, flores blancas, supuraciones, irritaciones, etc. No produce estrechez ni dolor. Las señoras, con el uso diario de una cucharada por un litro de agua, se mantendrán siempre sanas. Usándola como preservativo, no hay contagio posible.